

ALFONSO REYES

**LOS NUEVOS CAMINOS
DE LA LINGÜÍSTICA**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

LOS NUEVOS CAMINOS
DE LA LINGÜÍSTICA

LOS NUEVOS CAMINOS
DE LA LINGÜÍSTICA

EDITADO POR
EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

CONSEJO EDITORIAL
CÉSAR E. TORRES Y OTROS

PRIMERA EDICIÓN

MÉXICO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

Los Suplementos del Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos ofrecen materiales de información complementaria acerca de los temas tratados en sus reuniones mensuales

SEMINARIO DE PROBLEMAS
CIENTÍFICOS Y FILOSÓFICOS

Colección: Suplementos 21

Director:
DR. ELI DE GORTARI

Coordinador Técnico:
M. EN A. ALONSO DE GORTARI

ALFONSO REYES

LOS NUEVOS CAMINOS DE LA LINGÜÍSTICA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 1987

LOS NUEVOS CAMINOS DE LA LINGÜÍSTICA*

“Conócete a ti mismo” —aquella máxima del antiguo Oráculo que Sócrates hizo suya para siempre y con la que andaba por las plazas, las calles, los gimnasios de Atenas, confrontando a todos con sus propias imágenes como se haría con un espejo— es precepto que se enuncia muy pronto y que se cumple, si llega a cumplirse, con dificultad y paciencia. Don Antonio Castro Leal, de quien acabamos de escuchar tan sanas doctrinas, ha encarnado para mí el consejo de Delfos, en las páginas de noble aleccionamiento con que ha seguido mi carrera. Quiero decir que, a través de sus palabras, en ocasiones creo haber ganado algunos palmos en esta ardua senda del conocerme a mí mismo. Con todo, confieso que hoy, como en otros casos anteriores, los rasgos con que me ha pintado —llevado de su cordialidad y benevolencia— más bien adulteran y engrandecen mucho mi imagen. Pero no podemos remediarlo: cada uno ve a los demás a través de la lente o el prisma de sus excelencias y sus virtudes personales. Ya he contado por ahí que, al encontrarse el dulce panameño Darío Herrera con el tempestuoso Díaz Mirón, exclamó: “¡Este hombre es una paloma!”, mientras Díaz Mirón, por su parte, exclamaba: “¡Este hombre es un león!”

Leer los versos de don Carlos Pellicer es un deleite consumado. Oírlo recitar sus versos es ya un transporte a las zonas de la belleza

* Discurso de Alfonso Reyes al tomar posesión de la Dirección de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española, 17 de mayo de 1957. Se publicó con su verdadero título en *Cuadernos Americanos*, julio-agosto de 1957, año XVI, N° 4, pp. 39-49, y en las *Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Española. Discursos académicos* (México, Editorial Jus, 1958), tomo XVI, pp. 82-90, con el título diferente de “El lenguaje”. El Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos lo reimprime ahora como homenaje póstumo a su miembro honorario y constante apreciador de sus trabajos, previa autorización de doña Manuela M. de Reyes, viuda del autor y heredera de sus derechos literarios. Se han tomado en cuenta en esta reimpresión las correcciones autógrafas que Alfonso Reyes hizo en su ejemplar de *Cuadernos Americanos*.

Primera edición: 1960

Segunda edición: 1987

DR © 1987, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. 04510 México, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

ISBN 968-36-0365-3

suficiente. Y si estos versos son los que el poeta mismo, en su desbordada generosidad, ha querido dedicarnos, entonces los versos de Carlos Pellicer vienen a ser un altísimo premio: casi perturba toda posible expresión de gratitud, y de tal modo nos ennoblece que ni siquiera deja ya fuerzas para el envanecimiento y el orgullo.

No podía yo comenzar mis tareas bajo mejores augurios: al emprender la jornada, más afortunado que el Cid, sólo he visto "la corneja diestra". Don Antonio Castro Leal, sumo prosista, y (aun cuando él no se halla aquí en persona) don Carlos Pellicer, sumo poeta —quienes, a lo largo de muchos años, me han acompañado con una amistad que va más allá de las letras y que tanto me honra y me complace—, ahora me traen de la mano, como buenos padrinos, hasta este sitio en que ha querido instalarme la confianza, seguramente desmedida, de mis ilustres colegas. Pues lo cierto es que, a pesar de tan risueños auspicios, me confieso muy desigual para esta empresa, agobiado de gratitud y al mismo tiempo atemorizado. Dificulta singularmente mi desempeño el suceder a nuestro inolvidable Alejandro Quijano. Querir imitarlo sería ridículo; igualarlo, imposible. Me domina la impresión de que estoy ocupando un lugar que es suyo y no me corresponde, y reflexiono con melancolía en que él ni siquiera pudo ya disfrutar de esta casa, que tanto deseó para la Academia.

Se le ha llamado con justa razón Quijano el Bueno; pero, además de su bondad y sus prendas hartamente conocidas —simpatía, caballerosidad y rectitud, inteligencia nada común, exquisita cultura—, poseía alguna virtud indefinible que acaso supera las explicaciones racionales, una como electricidad atractiva, un don natural para convertirse en centro y apoyo de las energías sociales. Pues las sociedades, en efecto, necesitan organizar sus fuerzas en torno a estos hombres así dotados y como predestinados a servir de puntos de conexión y referencia. La desaparición de Alejandro Quijano afecta lo mismo a los suyos, a sus amigos, a sus colegas, que a la sociedad mexicana en conjunto y deja una zona oscura en el espacio, un hueco en la retina.

Por suerte esta Academia está en condiciones de gobernarse por sí misma, y la función que aquí me compete habrá de reducirse a no estorbar las actividades de los señores académicos y a adoptar las normas que ellos mismos quieran fijarme y que ellos mismos se han fijado. La relación con las Academias afines, el posible canje de publicaciones, el desarrollo de la nascente biblioteca, en que convendrá juntar poco a poco la obra completa de todos los académicos mexicanos pasados y presentes, tal vez algunas contribuciones a la prepara-

ción del siempre anhelado léxico de términos técnicos y científicos, al Diccionario Histórico ya emprendido por la Academia Española, al Diccionario académico de la lengua vigente, sobre todo lo relativo a mexicanismos que habrán de ampliarse o suprimirse, el cambio de servicios con instituciones culturales, el cubrir las plazas vacantes y demás labores de este orden establecen el cuadro mínimo de actividades que ni siquiera necesitan ser descritas o expuestas en un programa especial. Nuestras normas dependen de la naturaleza misma de nuestra institución; es decir: de su historia y de sus funciones. La historia de nuestra Academia ha sido trazada al inaugurarse este recinto, y de mano maestra, por el Secretario Perpetuo don Alberto María Carreño, y no vamos a repetirla ahora. Las funciones de esta Academia no pueden resumirse mejor que recordando su misión de guardia vigilante y su cuidadosa atención para el desarrollo de la lengua; y todo ello aparece en los numerosos trabajos aquí y fuera de aquí presentados por tantos doctos maestros como honran esta casa. Será preferible que no intentemos competir puerilmente con lo mucho y bueno que ellos nos han dicho al respecto. Será mejor que mudemos la perspectiva y hablemos por ejemplo, de la lingüística general, remontándonos por sobre esta lengua castellana que es nuestra inmediata incumbencia, aunque sólo sea para dar algunas indicaciones en materia que va pareciendo insondable conforme se apuran sus extremos.

Los nuevos caminos por donde hoy discurre la lingüística aún no se han abierto al público, para decirlo pronto y mal, y son más bien privilegio de los especialistas. El estudio de la lengua posee una respetable antigüedad. Olvidemos los orígenes, y callemos sobre los aspectos más conocidos de la cuestión, si es que queremos ajustarnos a los términos de esta charla brevísima.

Durante el siglo XIX, tal estudio participó naturalmente del entusiasmo reinante por las teorías evolucionistas, que entonces comenzaron a derramarse por todos los meandros de la ciencia, y el resultado fue la estupenda edificación de la lingüística histórica y comparada, cuyos primeros vagidos se dejaron oír en el *Catálogo de las lenguas*, publicado en 1784 por el español Hervás y Panduro, pues el *Glossaire comparatif des langues de l'Univers*, publicado por orden de Catalina de Rusia y al que Salomón Reinach atribuye la prioridad, sólo apareció tres años después. En adelante se aplica a estos trabajos un método que alguien ha llegado a equiparar con lo que fue el telescopio para la astronomía. A las lucubraciones a puerta cerrada, en que se solici-

taba de la Esfinge que, a fuerza de insistencias estériles, revelara sola sus enigmas y que nos dijera cuál era el secreto de una lengua, sucede la aristotélica comparación de lo semejante con lo semejante, de las "simpatías y *dispatías*" (valga el helenismo), con lo que al instante comenzó a adelantar el conocimiento.

De aquí algunas valiosas generalizaciones, singularmente sobre el principio de regularidad en el cambio de los sonidos, pero la atención de los estudiosos se concentró en el grupo indoeuropeo y en los pormenores de su historia, que fueron pacientemente hacinados. De un modo general, no se procuró entonces una teoría de la lengua, salvo por parte de algunos individualistas, cuyo escepticismo, por lo demás, preparó la ruta al método analítico del presente siglo; método estimulado también por la necesidad de asomarse a algunas de las llamadas "lenguas nativas", ajenas al grupo indoeuropeo, a las semíticas, y a otras más que cuentan con larga tradición exegetica y literaria. A la vez, en el estudio de las lenguas se fue abriendo paso una intención filosófica, que tiende a considerar el lenguaje como uno de los pocos sistemas fundamentales de formas simbólicas. Las relaciones funcionales compartieron entonces la atención antes exclusiva para las conexiones históricas. Se interrogó mucho más a fondo que nunca la inadecuación, que no ecuación, entre la arquitectura del habla y el discurso lógico; se investigó la densidad subjetiva y emocional que las lenguas traen consigo y que aún se revela en paralogramas y otros sobresaltos ajenos al puro razonamiento. En suma, la vida entera del lenguaje, con todas sus arbitrariedades y caprichos, fue objeto de examen respetuoso, como lo es para la botánica el arbusto silvestre, aun cuando carezca de las elegancias del rosal criado en los jardines.

En estos senderos, apenas transitados desde hace unos ocho lustros, la cooperación internacional, tan preciosa para el desenvolvimiento de las ciencias modernas, se vio entorpecida, y a veces completamente atajada, como consecuencia de las dos guerras. Pero se han logrado ciertas conquistas, se han trazado firmemente ciertas doctrinas. En fecha todavía cercana, la lingüística ha podido ser admitida, con carta de ciudadanía cabal, como uno de los elementos que contribuyen a la soñada unidad de la ciencia. Y, lo que es más, se ha llegado a la novísima aplicación de la lógica simbólica y las matemáticas a las cuestiones del lenguaje, adoptándolas así en la vasta familia que, más o menos de cerca, obedece aproximadamente a la rienda de las ciencias exactas. No exageremos el punto, pues el lenguaje no es sólo una agencia intelectual, de transmisión, información o comunicación, sino

también todo lo demás que saben la estética y las letras, y las razones del corazón que la razón no conoce. Pero se ha esclarecido el hecho de que, en una proporción apreciable y desde luego para sus funciones prácticas, el lenguaje se mueve según procesos más regulares de lo que antes se sospechaba y que, en realidad, está gobernado históricamente por un orden preexistente y propio, el cual sin cesar se mantiene al par que se renueva. En contraste, los organismos vivientes tienden a caer en el desorden y, como dice Schroedinger, "se van acercando a aquel peligroso máximo de entropía que es la muerte". Los hechos lingüísticos, que son actos correlativos y conscientes de la actividad cerebral, pueden, en cambio, determinarse estadísticamente hasta cierto punto.

De suerte que la materia de las viejas gramáticas vino primero a corregirse y complementarse por la lingüística histórica y comparada. Poco a poco, la morfología, la semántica y la fonética se erigieron en objetos de investigación especial, y pronto apareció ese nuevo interés filosófico de que antes hablábamos. Y, todavía más recientemente, los descubrimientos en otros reinos (el trabajo cerebral, las máquinas calculadoras electrónicas), así como el empleo de técnicas estadísticas y otras apenas ahora desarrolladas, han traído luz inesperada al estudio de la lingüística. Examínese, como el ejemplo más a la mano de estas investigaciones, el opúsculo de Yuen Ren Chao sobre *La significación del lenguaje*, publicado en 1956 por el Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos de nuestra Universidad Nacional, y compáreselo con el tratamiento tradicional que se concedía a estos problemas.

Por supuesto que, para ser completos, hay que sumergir el estudio lingüístico en el estudio general de las comunicaciones humanas, pues ya lanzados por este camino, unos conocimientos tienen que enlazarse con los otros, como cuando Sor Juan hallaba puentes o metáforas explicativas rumbo a las verdades teológicas en sus meditaciones sobre la música. El estudio general de las comunicaciones humanas tentó alguna vez mi curiosidad, en cierto ensayo que puse bajo la advocación de Hermes, dios de los comercios o cambios en todos los sentidos del término. Allí me detuve un instante a considerar el "rayo adánico" de Lacordaire o comunicación mística anterior aún a la palabra, y también la mímica (y un poco la mímica animal cuando es expresiva, como la famosa danza de las abejas), pues el lenguaje parece una mera especialización hablada de la mímica, sin que esto signifique caer en las extremosidades de aquellos que todo querían sacarlo de la onomatopeya. Me detuve un poco, asimismo en los ademanes, señas

y señales de todo orden (¡hasta hay, pase el disparate, "lenguas silbadas"!), en los ideogramas y jeroglifos, las pasigrafías de que nos dan muestras los alfabetos de banderines y las marcas de las carreteras, y muchas cosas más que no es del caso exponer y ni siquiera enumerar. Para dar idea del tono adoptado en aquel viejo ensayo, copio aquí dos párrafos:

Cuenta Herodoto que Dario, al cruzar el Ister (Danubio), dejó a su retaguardia jonia cuidando un puente, con orden de esperar su regreso cierto número de días, al cabo de los cuales podían darlo por perdido, cortar el puente y regresar a sus bases. A este fin, les entregó una correa con tantos nudos como días contaba el plazo de espera. Aquí el uso de los nudos era un signo aritmético inmediato, era la aplicación del mismo principio que Robinson aplicaba en su isla, o el del preso que marca con rayas en el muro los días de su cautiverio. No así en los quipos peruanos, rama horizontal con lazos de distintos colores y anudados de diverso modo, en que los lazos representan una verdadera inscripción y se descifran como una clave. Primero se los empleó para contar, y luego se desarrollaron al punto de comunicar decretos enteros. Lo propio acontece con el wampum, sartas de conchas de los hurones o los iroqueses. La barra con muescas suele otras veces significar cálculos aritméticos, el monto de una deuda y la fecha de su cumplimiento; y partida longitudinalmente en dos, constituye un par de documentos, uno para el acreedor y otro para el deudor, que reunidos nuevamente en uno verifican, por coincidencia de ranuras, la autenticidad del convenio.

El signo más elemental es el objeto que por sí mismo se aplica a la acción sugerida: un hacha, la guerra; una pipa cargada, la paz, la conversación amigable. Menos claro ya aquel mensaje de los escitas a los persas: un ave, un ratón, una rana y cinco flechas; lo cual aparentemente significaba (pues otros lo entendieron como un mensaje de sumisión): "No intente combatirnos quien no sea capaz de remontarse como el pájaro, esconderse bajo tierra como el ratón o cruzar los pantanos como la rana, porque lo aniquilaremos con nuestras flechas". Cuando estos mensajes no consisten ya en el objeto, sino en la pintura del objeto, comienza el jeroglifo.

(Hermes o de la comunicación humana).

Podríamos añadir, a título de ornamento, el caso de los tejos marcados que usan los guerreros aqueos para sortear el honor de combatir con Héctor, y el mensaje mortal que llevaba consigo Belerofonte (algo así como: "Al recibo de la presente, darás muerte al portador"), y que, por lo visto, él no era capaz de descifrar. Y, por cuanto a las relaciones entre la aritmética y los signos comunicativos, podríamos recordar a Descartes, quien presintió en la matemática una manera de pensar que nace del lenguaje, así como su lejano contrincante, Vico, desarrolló la doctrina de la fantasía en el lenguaje.

Si hoy volviéramos sobre aquellos temas, nos agradecería consagrar un capítulo a los recursos que se han inventado para escribir (o inscribir), conservar y transportar de un país a otro todo el movimiento de un *ballet*, recursos en que —si no me engaño, y aunque hay antecedentes que datan, con Beauchamps-Feuillet, de fines del siglo xvii— descuella hoy el sistema llamado *Labanotation* ("labanotación", por referencia a su inventor Rudolf Laban), lúcidamente expuesto hará un par de años por Ann Hutchinson, y que parte de algo como una estrella de los vientos, acompañada de signos convencionales y fáciles para fijar los pasos, saltos, quiebras de cintura y cabeza, avances y retrocesos, acciones de tronco y extremidades, enlaces entre los distintos personajes, y demás figuras de la danza; es decir, la coreografía como la define el Diccionario académico: "arte de representar en el papel un baile por medio de signos, como se representa un canto por medio de notas".

Además, si hoy volviéramos sobre aquellos temas, no habría más remedio que esforzarnos por explicar esa difícil teoría —ha venido a llamársela Teoría de la Información—, la cual se propone medir la cantidad de información contenida en un mensaje (por ejemplo, las señales telegráficas de cualquier orden) y buscar los símbolos capaces de emitir y traducir los mensajes o señales del modo más económico posible —concepto de economía física, por supuesto— sin perder un adarme de la información transmitida; extremos que resultan análogos para la telefonía, la radiodifusión, la televisión, el radar y, en suma, para las mismas comunicaciones escritas u orales, puesto que, en el trato humano, todo parte del lenguaje y vuelve al lenguaje.

Si queremos una prueba sobre los peligros de un mensaje y cómo puede alterarse en la transmisión (lo que llegó a ser un "juego de trinchera", ya que no "de salón", durante la Guerra N^o 1), lo encontraremos en las estrofas 46 a 63 del *Libro de Buen Amor*, donde el regocijado Arcipreste de Hita nos cuenta el diálogo a señas ("señas

de letrado”), entre un rústico romano y un sabio griego, donde cada uno entendió otra cosa y, mientras el sabio quedó satisfecho de que el romano había admitido la teoría de la Trinidad, el “ribaldo” o rústico se alejó furioso y dándose por agraviado ante las que tuvo por amenazas de su docto interlocutor. El cuento recuerda la disputa de Panurgo y Taumasto en Rabelais; se lo descubre por primera vez en ciertas glosas jurídicas de los siglos XII o XIII; reaparece en el diálogo medieval de *Plácidas y Timeo*; en los argumentos de Forcadel, rival de Cujas (Tolosa, siglo XVI); y todavía lo emplea Nebrija, entre otros, siempre con intención satírica y para azotar a los ignorantes.

Finalmente, y al sumergir el estudio de la lengua, como hemos dicho, en el estudio general de las comunicaciones humanas, no conviene olvidar la modulación de la voz, que escapa a la mera estructura del lenguaje, y sobre lo cual ofrezco dos ejemplos que casi son dos chascarrillos:

1) Un padre lee, indignado, este telegrama de su hijo:

a) (Tono autoritario). “¡Estoy arruinado, mándame dinero!” Y comenta, lamentándose: “¡Hijo irrespetuoso!” ¡Si al menos me hubiera teleografiado así!

b) (Tono implorante): “¡Estoy arruinado, mándeme dinero!”

2) En una comedia andaluza de los Alvarez Quintero, que cito de memoria, aunque aseguro que he respetado lo esencial:

—“Y qué ¿ha llovido en el cortijo?”

—Pues verá usted, señorito:

a) (Tono menor): Como llover, llover, lo que se llama llover, sí ha llovido.

b) (Tono mayor): Ahora, que como llover, llover, lo que se llama llover, no ha llovido”.

Pero recobremos el hilo de nuestro asunto. La Teoría de la Información se apoya en el cálculo de probabilidades y en la estadística matemática, y aunque ha partido de un principio práctico en apariencia (ingeniería de las transmisiones), trasciende a la ciencia pura, por donde se desborda al fin sobre las ciencias humanas, interesa al criterio histórico de la prueba o testimonio, a la teoría del conocimiento, y toca el lindero de la filosofía, donde será cuerdo que se detenga. Jurgen Ruesch y Weldon Kees, por su parte, rondando los límites de esta teoría, acaban de consagrar un sugestivo ensayo a la “comunicación no verbal, o notas sobre la percepción visual de las relaciones humanas”. Piden allí auxilio a las conclusiones de la lingüística, la antropología, la sociología, la psiquiatría, el psicoanálisis, la semán-

tica, la matemática, la cibernética o “gubernática” de las máquinas, y la neurofisiología. ¡Ay, que ante este alud de consideraciones científicas la vieja lingüística romántica parece la imagen de la penuria, aunque también de la heroicidad! ¡Ay, que la lingüística va dando la espalda a los escritores y pronto se refugiará en los laboratorios atómicos! (*Cum grano salis*).

Por supuesto que estas sublimidades lingüísticas andan ya muy lejos del trato concreto de la lengua que a los escritores incumbe. Pero, aun sin salir de nuestro ámbito, da grima pensar que todavía corren por ahí manuales de gramática en que se habla de la “analogía”, palabra y concepto pitagóricos, heredados de los remotísimos siglos en que aún se pensaba que existe una armonía secreta y necesaria entre el objeto y la palabra con que se lo nombra. De lo que ya hacía donaire Proclo, observando que, si existiera tal relación mística, Aristocles no hubiera podido llamarse Platón, ni Tirtamo hubiera podido llamarse Teofrasto. Como si dijéramos, que don José Martínez Ruiz no hubiera podido firmarse “Azorín”, cuando se le antojó hacerlo, sin incurrir en alguna violación de carácter sacro. Y adviértase que estas vejeces se conservan aún por los días en que ya la gramática ha alcanzado, con la escuela danesa, ese desarrollo que le permite mudarse del orden normativo al orden llamado “estructural”.

No quiere esto decir en manera alguna que la ley lingüística sea la arbitrariedad, lo que supondría una palmaria contradicción con lo que antes expusimos. Ya se entiende que la censura contra la tesis de los analogistas sólo se refiere a la doctrina sobre el origen o creación del lenguaje, no al lenguaje ya creado. Pues aquí hay, desde luego, aunque no una relación mística, sí algo como un convenio respecto a lo pactado o establecido, sea consciente o inconscientemente y las más veces por difuso arrastre secular. Si en el instante teórico de la creación verbal (su símbolo puede ser el instante en que Adán dio nombre a los animales) fue dable llamar “vino” al pan o viceversa, después del bautismo ya no queda más que llamar al pan “pan”, y al vino, “vino”, para dar un nuevo sesgo a la frase hecha.

Por supuesto también que, si en los usos prácticos del lenguaje hay cierta indiferencia, que en algo recuerda la indiferencia anterior al bautismo, el rigor va aumentando —aunque no sea ya la armonía mística que soñaban los analogistas— según nos acercamos a los usos que llamaremos teóricos: la filosofía, las ciencias, las letras, la poesía. En efecto, en los usos filosóficos y científicos del lenguaje, habrá que ceñirse al concepto de la adecuación, propiedad, exactitud (que va

desde la palabra precisa, pasando por el tecnicismo estereotipado, hasta la fórmula matemática); y en los usos del lenguaje artístico —letras, poesía— habrá que apegarse a la intención expresiva, prefiriendo éste o el otro término por múltiples razones de corrección léxica y gramatical, así como de valor estético (fundamento de la “estilística”); y en los usos teórico-prácticos, que por una parte atienden al encanto del habla y, por otra, a su eficacia persuasiva (en suma, la retórica o arte oratorio como lo define la antigüedad clásica), aun habrá que tomar en cuenta asimismo la oportunidad y la conveniencia social. Todo ello significa una fuerza atractiva mayor o menor entre el objeto y su nombre, fuerza que podrá mudar de un caso a otro, según las mil circunstancias que lo envuelven y le dan su carácter, pero no por eso deja de existir. Y en este sentido elástico y sometido a las distintas utilidades del momento y a ese *si sé qué* llamado el gusto, es admisible todavía aquella vieja lección sobre las palabras *nobles e innobles*, expuesta, después de otros, por Casio Longino, secretario de la reina Zenobia de Palmira en el siglo III de nuestra era, o quien haya sido el autor del precioso tratadito *De la Sublimidad*. ¿Queremos, de paso, algún ejemplo sobre la variabilidad en el grado de nobleza de las palabras? Pues veamos cómo el popularísimo nombre de “Juana” queda dignificado por el solo hecho de haberlo incrustado en sus sonetos el Licenciado Tomé de Burguillos, o cómo el vulgarísimo de “Francisca Sánchez” queda como trocado en oro por haberlo acomodado Rubén Darío en un gracioso endecasílabo.

Pero, se preguntará el paciente auditorio, ¿corresponde todo esto al programa de la Academia? ¡Oh no! Aquí nadie prescribe sus obligaciones a nadie, ni estamos formulando programas, y ya los señores académicos honran sobradamente a nuestro país y a nuestra habla entregándose a las inspiraciones de su propia minerva. Yo sólo he querido desahogar ciertas inquietudes que han provocado en mí algunas lecturas recientes, aprovechando para ello la ocasión que me proporcionaba este acto, y así, con toda intención y muy de caso pensado, borrar un poco mi persona entre consideraciones abstractas, ya que, por desgracia, el carácter mismo de esta sesión la exhibía demasiado.

Señores académicos: muchas gracias. Muchas gracias, señoras y señores.

ALFONSO REYES

Los Nuevos Caminos de la Lingüística, editado por la Dirección General de Publicaciones, se terminó de imprimir en la Imprenta Cromocolor el 12 de noviembre de 1987. La edición consta de 3 000 ejemplares.